



HOMILIA PARA EL DÍA 29 DE SEPTIEMBRE ENCUENTRO DE RELIGIOSOS HERMANOS

LECTURAS:

Hechos de los Apóstoles 2, 42-47
Evangelio de Mateo 23,8-11

La palabra “Eucaristía” adquiere hoy resonancias especiales para quienes estamos reunidos aquí. A la acción de gracias al Padre por poder celebrar la memoria del Misterio Pascual de Jesús y participar en él, se une otro motivo que despierta en vosotros y en quienes os acompañamos un profundo sentimiento de gratitud. Le queremos dar gracias a Dios porque os ha llamado a vivir el seguimiento radical de Jesús a través del carisma de la fraternidad. Dar gracias por vosotros y por miles de hermanos vuestros que testimonian en muchas partes del mundo que Dios es Padre y que nos llama a ser y a vivir como hermanos. Una fraternidad que se hace don para el mundo a través del ejercicio del carisma de cada uno de vuestros Institutos compartido en la comunidad de hermanos.

Al final de un mes de convivencia y reflexión, le queréis decir gracias al Señor. Nos unimos a este Magnificat reconociendo el don de Dios y pidiendo que sea don para toda la Iglesia y para la humanidad.

La Palabra de Dios que acaba de ser proclamada nos ayuda a vivir con mayor profundidad este momento. Las palabras de Jesús en el pasaje del Evangelio de Mateo que hemos escuchado vienen preparadas por la controversia que el mismo Jesús sostiene con algunos del grupo de los fariseos y con los maestros de la ley en los capítulos precedentes.

Al final de capítulo 21 y al inicio del 22 del evangelio de Mateo, nos encontramos con tres parábolas que apuntan hacia una misma temática: cómo vivimos la relación con Dios y, a partir de ella, la relación con los hermanos.

Mt 21,28-32: la respuesta de dos hermanos a la petición de su padre de ir a trabajar al campo. El que dice SI, pero es NO; y el que dice NO, pero es SI. Jesús nos dice que la respuesta a la invitación del Padre va más allá de las palabras y se verifica en el asumir su voluntad en la vida de cada día.

Mt 21,33-44: los viñadores malvados que rehúsan pagar lo que deben y que, incluso, matan al enviado por el dueño de la vid. El afán de poseer y adueñarse aun de aquello que no pertenece, engendra violencia y destruye la base sobre la que deberían construirse las relaciones entre las personas. Nos dice el evangelio que los jefes de los sacerdotes y los fariseos entendieron que hablaba de ellos.

Mt 22,1-14: El banquete de bodas al que los invitados no van y al que son llamados otros que, en un primer momento, no estaban convidados. Entrar a formar parte de quienes comparten el banquete del Reino supone renunciar a otras cosas y asumir que lo más importante es precisamente compartir el banquete con el Señor y los demás invitados.

La reacción de quienes sienten sus actitudes y conductas denunciadas a través de estas parábolas no se hace esperar. Mateo nos dice que se pusieron de acuerdo para buscar algún motivo de acusación en las palabras de Jesús y nos presenta una serie de controversias, mostrando el interés de aquellos cuya conducta había sido denunciada por tatarle la boca a Jesús:

Mt 22,15-22: el pago del tributo al César.

Mt 22,23-33: sobre la resurrección de los muertos

Mt 22,34-40: la cuestión sobre el precepto más importante de la ley y sobre la autoridad del Mesías.

Jesús critica duramente estas actitudes y este modo de relacionarse, que demuestra apego al poder y afán de dominar, y hace una nueva propuesta: **la fraternidad**. Es el texto que hemos escuchado. Ved que, teniendo presente el contexto, las palabras de Jesús cobran todavía una relevancia más grande.

El gran desafío, la gran cuestión es “vivir como hermanos”. Éste es el camino al que nos conduce una verdadera experiencia de Dios. Y éste es también el fruto de una profunda experiencia de Dios.

Solamente hay un Padre, del que nos sentimos gozosamente hijos y, por ello, hermanos. No podemos sentirnos amados por Dios sin sentirnos llamados a amar a los hermanos. Comprender el amor del Padre abre un gran horizonte de fraternidad en nuestra vida. Ser hijos de Dios, el único a quien podemos llamar Padre, y vivir como hermanos es la gran vocación de todo ser humano.

Solamente hay un Maestro y Señor, Jesucristo, de quien todos somos discípulos: hermanos en el discipulado y en el seguimiento de Jesús. En la comunidad de Jesús nadie está autorizado a tomar su puesto. Quien se crea con la capacidad de enseñar deberá someterse una y otra vez a la enseñanza del único Maestro y se dará

cuenta de que solamente a través de la vivencia del don de la fraternidad se pueden entender sus palabras y su proyecto. En la experiencia del amor fraterno la Palabra se hace portadora de vida para todos.

Solamente hay un Espíritu que nos une a todos haciéndonos partícipes de la vida divina y llena nuestros corazones de la pasión del Padre por sus hijos, aquella pasión que se manifestó en la vida y actividad de Jesús. Somos hermanos compartiendo una misma vida y una misma pasión que se expresa en nuestro compromiso en compartir con todos el don recibido.

La experiencia de Dios nos conduce a la experiencia de una profunda fraternidad. Y, al mismo tiempo, en la experiencia de fraternidad nos sabemos partícipes de la vida de Dios, envueltos en el misterio de amor de la Trinidad que crea en nosotros una profunda dinámica de comunión y de misión.

Las indicaciones finales de Jesús, en el texto del evangelio de Mateo que acabamos de escuchar, invitando al servicio y a la humildad, no pueden ser tomadas como una estrategia para “ganar puntos”. Sería una actitud hipócrita, como la que Jesús descubre en los fariseos y maestros de la ley y que pasará inmediatamente a criticar con duras palabras. Se trata de una consecuencia del ser hermanos que se gozan en la alegría de los demás miembros de la familia y que sienten cómo su vida encuentra precisamente sentido en el servicio de los demás.

Ser hermanos. He aquí una misión apasionante y gozosa. El testimonio de fraternidad que los religiosos estamos llamados a ofrecer es un signo claro de las nuevas relaciones que nacen entre las personas y los pueblos cuando Jesús y el Reino ocupan el centro de nuestros corazones y proyectos.

Mateo nos lo había ya presentado en las palabras de Jesús que nos narra en el capítulo 18, aquella catequesis tan hermosa sobre las características que han de guiar las relaciones entre los miembros de la comunidad del Reino. Ante la pregunta de quién es el mayor, su respuesta fue llamar a un niño y colocarlo en el centro de la comunidad. Solamente la comunidad que pone al centro a los pequeños es capaz de entender la dinámica del Reino y convertirse en signo de su presencia.

Ahora bien, la fraternidad, con ser una experiencia gozosa y gratificante, no puede ser, en modo alguno, auto-referencial ni egoísta. El amor fraterno, cuando nace de una profunda experiencia de Dios, es siempre centrípeto. Se verifica y manifiesta en un compromiso por crear fraternidad en el mundo. Recoge aquella misión que Dios confió a la humanidad de cuidar su Creación y construir una historia fraterna y solidaria, la vive en el seno de la propia comunidad e intenta que se haga realidad en la historia concreta de los hombres. A cada uno le tocará aportar el don del carisma que ha recibido, pero la orientación fundamental queda trazada en la experiencia del amor del Padre que nos hace hermanos.

La primera lectura, de los Hechos de los Apóstoles, nos habla de cómo encarnar concretamente estos ideales en la vida de la comunidad cristiana. Para mantener esta comunión fraterna son necesarias:

- La oración en común que nace de la escucha de la Palabra de Dios que nos permite sintonizar con el Espíritu que animó la vida y la acción de Jesús;
- La memoria de la Pascua del Señor que nos convoca al ágape fraterno y nos hace partícipes de este Misterio;
- La disponibilidad a compartir los dones que cada uno posee para enriquecer con ellos la vida de la comunidad.

Es éste un anuncio poderoso que atrae a las personas deseosas de esta experiencia de fraternidad. Un testimonio de esta índole “hace milagros”, pues es capaz de sanar las múltiples heridas producidas por el egoísmo y el afán de dominar y poseer, que destruyen las relaciones entre las personas, y suscitar deseos sinceros de crear solidaridad y fraternidad, que abren nuevos horizontes en la historia de la humanidad.

La Vida Consagrada es misionera, ante todo, por su testimonio de vida. El carisma es un don que crece al ser compartido y que nos capacita para ponernos al servicio de la Iglesia y de la humanidad. Debemos estar siempre atentos para que nuestras vidas y nuestras obras e instituciones sean signos claros del amor de Dios que nos quiere a todos hermanos, cercanos, sobre todo, a quienes les resulta más difícil acceder a la experiencia de fraternidad porque son excluidos por una estructura social que se encuentra, frecuentemente, muy lejos de los ideales evangélicos. Por aquí deberá comenzar la “nueva evangelización” y vosotros tenéis una misión importante en este sentido.

Ofrezcamos al Señor el deseo sincero de vivir como hermanos y de ser levadura de fraternidad en cada uno de los lugares donde seamos enviados.